

HOMENAJE A ALFREDO DE LA GUARDIA EN SU CENTENARIO

En nombre de mis colegas de la Academia Argentina de Letras me toca rendir el último homenaje de este año, con motivo del centenario del nacimiento de don Alfredo de la Guardia, quien fuera miembro de número y luego Secretario general de aquella hasta el día en que falleció. Lo hago con respeto y admiración, no solo por su vasta obra docente y crítica, sino también por lo que de él nos llegó como ejemplo.

El profesor De la Guardia nació en Madrid el 8 de diciembre de 1899. La familia se trasladó a nuestro país en 1911 y aquí completó él sus estudios, con asistencia a la Facultad de Filosofía y Letras. Adoptó la ciudadanía argentina y vivió en Buenos Aires hasta su muerte, ocurrida el 6 de febrero de 1974.

Fue un hombre de letras, especialmente en el ejercicio de la crítica y, dentro de su ámbito, en todo lo que se refiere al teatro, sus grandes creadores, su historia y la técnica dramática. Escritor de prosa limpia y clara, reflejó a través

de ella su saber y su buen juicio. Fogueado en la labor docente, que exige transmitir no solo conocimientos sino comprensión, y en la crítica periodística, que demanda amplitud y honestidad, dejó una obra considerable, además de la prédica cotidiana, esa labor tenaz y fructífera que no siempre respeta el tiempo.

Como reconocimiento a lo que acabo de sintetizar, la Academia Argentina de Letras lo eligió miembro de número en la sesión del 13 de mayo de 1965. Firmaron la propuesta: Fermín Estrella Gutiérrez, Eduardo Mallea, Leonidas de Vedia y Jorge Max Rohde. Su recepción oficial tuvo lugar en septiembre del año siguiente y el nuevo miembro eligió como tema de su disertación el que tituló "Drama y teatro". Años después, al asumir don Leonidas de Vedia la presidencia de la Corporación, don Alfredo de la Guardia fue elegido, como he dicho, Secretario general.

También fue miembro de la Academia Nacional de Ciencias y correspondiente de la Academia de Artes y Ciencias de Puerto Rico. Por su saber y sus inclinaciones se vinculó con asociaciones tanto argentinas como internacionales dedicadas a la crítica teatral. Ejerció la docencia en el Conservatorio Nacional de Música y Arte Escénico, y en organismos dependientes del Ministerio de Educación y de la Universidad de Buenos Aires. Obtuvo premios nacionales y municipales. Fue periodista y trabajó durante largos años en el diario *La Nación*.

Más de diez libros, prólogos para ediciones de obras teatrales, folletos con estudios sobre determinados autores, y colaboraciones en nuestro *Boletín*, acreditan su saber y laboriosidad. Francia y España, entre otros países, le abrieron sus bibliotecas para perfeccionar sus investigaciones. Asistió a congresos y presidió delegaciones en París, en

Santiago de Chile y en Puerto Rico. En tales ocasiones demostró su probidad, sabiduría y ponderación de juicio. Son sus libros, sin embargo, los mejores testimonios para apreciar lo que supo descubrir con su mirada iluminadora de las grandes obras que abordó. Me referiré sólo a algunos de ellos, ante la imposibilidad de abarcar toda su producción.

En 1954 publicó *Imagen del drama*, reunión de artículos y conferencias aparecidas o pronunciadas con anterioridad. De la Guardia recorre diversas “escenas”, como él las llama: francesa, alemana, italiana, española, argentina. También rinde homenaje a uno de los dramaturgos que más admiró: Ibsen. Particular interés, por su poder de síntesis comprensiva, ofrece el ensayo, precursor para su tiempo, dedicado al expresionismo alemán. En él rastrea los orígenes y las causas inmediatas del movimiento (el desencanto y la derrota tras la primera guerra mundial), las características y las más notables figuras. Cabe destacar, en la nota que precede a este libro, una frase que revela su amor por el drama:

El teatro vivirá cuanto viva, efectivamente, la humanidad sobre el haz de la tierra. Y por razón muy sencilla: porque es su propio drama y su propia representación. No puede ser suplantado ni reemplazado...¹

En 1959 publicó *El verdadero Byron*, monumental biografía y estudio crítico que le valió el Primer Premio Municipal de ensayo. Señala en el Prefacio la forma como

¹ De la Guardia, Alfredo, *Imagen del drama*, Buenos Aires, Schapire, 1954, p. 8.

compuso el libro, no encerrado por cierto en archivos o bibliotecas, sino tratando de vivir inmerso en el tiempo y los lugares, como lo hizo el poeta, única forma de comprenderlo y de captar el sentido de su obra.

Lo que originariamente hubo de ser una recopilación de estudios sobre la dramaturgia de *Ricardo Rojas* se transformó, en 1967, en un libro dedicado a su vida y su obra cultural en tantos terrenos. Mereció asimismo el Premio Municipal que lleva el nombre del ilustre polígrafo. Tras referir cómo trabó conocimiento con aquel en 1921, y la indulgencia con que fue acogido, pasa revista a su labor docente que, como sabemos, inauguró los estudios de literatura argentina en la Universidad, empezando por reconocer su existencia misma, negada por más de uno. Analiza la tarea del historiador literario, el biógrafo de San Martín, el dramaturgo de *Ollantay* y *La Salamanca*, el forjador de una imagen de la patria a partir de su doble raíz hispánica e indígena. Las páginas finales reflejan su juicio sobre el maestro:

Ricardo Rojas escribió siempre con la vista fija en la libertad espiritual, en la justicia humana, en la belleza artística [...] Profundamente argentino es, por eso mismo, abiertamente universal².

Una obra de 1970 comprueba nuevamente el vasto saber de Alfredo de la Guardia: la que titula *Visión de la crítica dramática*. Pasa revista a la evolución de esta desde Grecia hasta nuestros días. Considera que la teorización

² De la Guardia, Alfredo, *Ricardo Rojas*, Buenos Aires, Schapire, 1967, p. 418.

sobre el teatro y, por ende, la crítica, nació a un tiempo con aquel, como lo prueban el fenómeno griego y las poéticas que se ocuparon del drama a lo largo de los siglos. En el último capítulo traza un panorama de la crítica teatral en el siglo XX, abarcadora de casi todos los países de Occidente. Lamenta, en la “Anotación preliminar”, la última tendencia del teatro, que a su juicio parece reflejar solo seres fracasados en un mundo en crisis. Y termina con un juicio que merece transcribirse:

La dramaturgia, en su gran estilo, cuando es creación de poesía, ha sido y debe ser una guía levantada para el genio del hombre, y no, únicamente, el reflejo más o menos simple de aspectos demasiado parciales de la vida. Ese es el supremo arte del teatro³.

Al año siguiente apareció un opúsculo cuyo título es síntesis de su contenido: *Hay que humanizar el teatro*. Tras verificar que las vanguardias fueron siempre una hueste de rebeldes dispuestos a dar batallas por la verdad y el bien, comprueba que nos ha tocado en la segunda mitad del siglo XX asistir a la aparición de una vanguardia retrógrada. No otra cosa importa, para él, la aparición del teatro del absurdo, aunque reconoce el talento de algunos de sus cultores, como Beckett y Ionesco. Ellos tienen sin duda representatividad, y por eso –dice– han sido aceptados. Pero el mundo que ofrecen en sus obras no es todo el mundo, ni se ha instalado en este la irracionalidad general que predomina. Señala:

³ De la Guardia, Alfredo, *Visión de la crítica dramática*, Buenos Aires, La Pleyade, 1970, pp. 10-11.

Este breve libro ha sido escrito con el propósito de estimular la creación de un teatro que haga honor a la tradición intelectual y artística de la dramaturgia universal [...] Por más que refleje las incapacidades, las ignorancias, las penurias, las iniquidades, las sinrazones de la sociedad en general y las propias del individuo, hacia cuya corrección debe tender, no por eso denegará toda esperanza, todo anhelo, toda aspiración de avance y acrecentamiento en las posibilidades existenciales de la Humanidad. No hay sistema filosófico que haya cerrado al hombre una probabilidad de adelanto y perfección⁴.

Nobles palabras, sin duda discutibles, en cuanto adjudican al teatro –como tantas veces se ha hecho con el arte– una función correctora que no siempre es hacendera, porque el aire de los tiempos marca al artista creador. En los capítulos que siguen, el autor analiza el teatro del absurdo, el de la ira y otros temas relacionados con la escena de vanguardia.

En 1973, y en edición de la Academia Argentina de Letras, apareció el libro que De la Guardia tituló *Poesía dramática del romanticismo*. Comienza por señalar que el teatro romántico no ha sido estudiado con frecuencia por los críticos, quizá por considerarlo inferior, si se lo compara con el de la Antigüedad o los tiempos del clasicismo inglés, español y francés. El ímpetu romántico fue una exaltación del yo y una ruptura de las barreras levantadas por el siglo XVIII con su exceso de preceptiva. No por eso carece de interés para el estudioso. Si nos ocupamos de él, dice,

⁴ De la Guardia, Alfredo, *Hay que humanizar el teatro*, Buenos Aires, La Pleyade, 1971, pp. 9-11.

...apreciaremos sus visiones idealistas, sus enfoques históricos, sus evocaciones legendarias, sus apasionadas fábulas individuales. Vidas y obras están, pues, presentes en estas páginas, para ofrecernos sus ejemplos espirituales y artísticos⁵.

En el texto rememora a grandes poetas como Shelley, Keats, Hugo, Vigny, Musset, von Kleist; y también a novelistas como Stendhal, Balzac, Dumas y George Sand. Los dos últimos trabajos están dedicados a Espronceda, cuyos poemas dramáticos *El diablo mundo* y *El estudiante de Salamanca* encierran, a su juicio, perceptibles elementos teatrales; y a José Mármol, el juvenil emigrado que estrenó dos dramas en 1842: *El cruzado* y *El poeta*, reveladores, aunque en germen, de un talento dramático que no cultivó más tarde, quizá porque el poeta y el narrador absorbieron al promisorio autor teatral.

Otros aportes podría mencionar como confirmación de lo mucho que la cultura argentina debe a este español que eligió ser un hijo más de nuestra tierra y trabajar por ella. A tal misión consagró sus conocimientos, que eran ricos, su laboriosidad que no decayó nunca y su honestidad de crítico. Alfredo de la Guardia fue, además, un hombre de firmes convicciones y, al par, afable y bueno. No abjuró de aquellas por ninguna concesión a las modas y los vendavales de un tiempo de cambios a menudo desconcertantes. Fue cordial con todos, como lo había sido con él uno de sus maestros, don Ricardo Rojas. Fue bueno, porque acaso el teatro que amó y estudió con devoción, le enseñó a cono-

⁵ De la Guardia, Alfredo, *Poesía dramática del romanticismo*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1973, pp. 15-16.

cer las debilidades y la vulnerabilidad de la criatura humana.

La crítica artística y literaria puede constituir un instrumento de poder, un desahogo para oscuras frustraciones, o un magisterio. Cuando opta por esto último, ayuda a abrir los ojos y a mirar con mayor lucidez lo que el creador dio de sí. Alfredo de la Guardia eligió, de las tres posibilidades, la última. Por eso hoy honramos su memoria.

Federico Peltzer